

CASTROS Y ALDEAS GALAICORROMANAS: SOBRE LA EVOLUCIÓN Y TRANSFORMACIÓN DEL POBLAMIENTO INDÍGENA EN LA GALICIA ROMANA

Hillforts and Roman hamlets: about the evolution and transformation of native settlements in Roman Galicia

José Carlos SÁNCHEZ-PARDO

Investigador postdoctoral del MICINN a través de la Fundación Española para la Ciencia y Tecnología (FECYT). Institute of Archaeology. University College London. 31-34 Gordon Square, London, WC1H 0PY, Reino Unido. Teléfono: +442076797495. Correo-e: j.pardo@ucl.ac.uk

Correspondencia en España: C/Ramón del Cueto, n.º 1, Piso 7.º A Dcha. 15002 A Coruña

Recepción: 2010-02-24; Revisión: 2010-03-09; Aceptación: 2010-04-20

BIBLID [0514-7336 (2010) LXV, enero-junio; 129-148]

RESUMEN: En este trabajo plantearemos una serie de reflexiones y propuestas interpretativas acerca del llamado proceso de abandono de los castros como lugares principales de poblamiento y la formación de hábitats abiertos en época romana en Galicia. Para ello partiremos de la revisión de la información arqueológica disponible y, sobre todo, de los conceptos y escalas de análisis que podemos usar, tratando de superar frecuentes compartimentaciones historiográficas y visiones monumentalistas. Esta perspectiva amplia y diacrónica nos permitirá distinguir dos grandes fases o tendencias en este proceso y nos ayudará a enmarcarlo en unas coordenadas histórico-sociales más variadas y complejas.

Palabras clave: Castros. Aldeas. Poblamiento rural. Paisaje galaicorromano. Romanización.

ABSTRACT: This paper raises some interpretative ideas and proposals about the so-called process of abandonment of hillforts, as main settlement sites, and the open-hamlets formation during the Roman period in Galicia. For doing this, we will base on the review of the available archaeological information and, overall, of the concepts and scales of analysis that we can use, trying to overcome frequent historiographical separations and only-monumental perspectives. This comprehensive and diachronic perspective will allow us to distinguish two major phases or tendencies in this process and will help us to frame it in a more heterogeneous and complex socio-historical coordinates.

Key words: Hillforts. Hamlets. Rural settlements. Galaico-Roman landscape. Romanization.

1. Introducción¹

El poblamiento castreño constituye sin lugar a dudas una de las temáticas más y mejor estudiadas

¹ Queremos agradecer las interesantes y constructivas aportaciones de los revisores anónimos de la revista *Zephyrus* a este texto.

de la arqueología del Noroeste peninsular. Dentro de ella, la cuestión concreta de las últimas fases de los castros galaicos a partir de la llegada de Roma, aunque no es una de las más tratadas, cuenta con una cantidad amplia de trabajos (Arias Vilas, 1993; 1996; Arias Vilas y Villa Valdés, 2005; Arizaga y Ayán, 2007; Carrocera Fernández, 1996; González

Ruibal, 2007: 620-630; Gutiérrez González, 2002b; Rodríguez Fernández, 1994, entre otros). Estos trabajos han realizado, especialmente en los últimos años, interesantes aportaciones al conocimiento de la evolución de los poblados castreños en época romana, principalmente, desde el punto de vista de las cronologías y sus características físicas.

Sin embargo, al revisar toda esta abundante bibliografía se observa todavía una llamativa ausencia de explicaciones de conjunto que sinteticen e interpreten en líneas históricas cómo se desarrolló y qué significó un proceso tan importante como es el llamado “abandono de los castros” y el nacimiento de los asentamientos abiertos galaicorromanos.

Se trata, por supuesto, de una cuestión compleja, muy lastrada por el carácter y límites del registro material disponible. Sin embargo, consideramos que, además de esa razón, su escaso desarrollo responde también en gran medida a una tradicional compartimentación historiográfica entre épocas y especialidades que impide a menudo el establecimiento de visiones amplias y diacrónicas entre dos períodos artificialmente separados. En efecto, los autores que estudian el mundo castreño, generalmente procedentes del ámbito de la prehistoria y protohistoria, suelen detener sus análisis en torno al cambio de Era. Por su parte, los escasos estudios de poblamiento rural galaicorromano tienden, por una cierta inercia monumentalista de la Arqueología Clásica, a centrarse en los asentamientos típicamente romanos y especialmente en aquellos más destacados o visibles (como las *villae* y los *vici*). De este modo, cuestiones esenciales como la transición del castro a la aldea y el grado de cambio o continuidad que ello supuso tanto en la estructura del poblamiento como en la sociedad galaicorromana permanecen a menudo en una difusa tierra de nadie sobre la que existen diversas propuestas, pero escasas incursiones profundas y sólidas.

En este trabajo no podemos ni pretendemos solucionar toda esta compleja cuestión ni tampoco realizar una explicación completa y detallada de la misma, algo para lo cual serán necesarios todavía, como se podrá ver, nuevos estudios de base. Sin embargo, creemos que sí puede ser interesante realizar algunas reflexiones, matizaciones y propuestas de trabajo sobre esta temática a partir de la revisión y análisis de la información disponible desde una perspectiva amplia y diacrónica, que supere las habituales

compartimentaciones historiográficas y los enfoques ceñidos a los yacimientos más monumentales y visibles.

En ese sentido, a la hora de definir el marco de estudio de este trabajo, consideramos esencial ir más allá del mero análisis de los castros o poblados castreños en sí, como tradicionalmente se entienden. Se hace necesaria una reflexión y contextualización de lo que significa un castro en cada período, tanto a nivel físico como histórico y social, algo que escasamente se suele encontrar. Especialmente creemos importante ampliar y superar la idea y concepción de los llamados “castros romanizados”, así como encuadrar en sus adecuados términos arqueológicos e históricos los debates sobre la “continuidad” de los castros, que algunos autores llevan incluso hasta fines del Imperio romano o Alta Edad Media (Rodríguez Fernández, 1994; Rodríguez Resino, 2005: 163-167; Arizaga y Ayán, 2007: 491; López Quiroga, 2004).

En efecto, en nuestra opinión los estudios sobre estas cuestiones muestran a menudo una visión, de nuevo, demasiado compartimentada, rígida y tipificada del poblamiento. De este modo diferencian conscientemente entre “castros”, como representación del mundo indígena, y una variedad casi antagonista de asentamientos dispersos típicamente romanos, principalmente *villae* y *vici*², sin permitir un espacio intermedio y flexible en el que integrar una realidad arqueológica que parece mucho más compleja, matizada, interrelacionada y cambiante. ¿Cómo se pueden encajar en estas tipologías los habituales hábitats galaicorromanos situados en las inmediaciones de las “croas” de los antiguos recintos castreños?, ¿y un castro, como Viladonga, que se desarrolla y crece de manera dinámica durante el período romano y que muestra un urbanismo y fisionomía interna plenamente romanos?, ¿dónde encuadrar un poblado castreño que en torno al siglo II ha desbordado e inutilizado las antiguas murallas? Y sobre todo, en relación con estas cuestiones relativas al carácter material de los yacimientos hay otras aun más interesantes y complejas a escala social: ¿hasta qué punto se puede hablar de abandono de los castros cuando en muchos de ellos o en su entorno

² Olvidando más frecuentemente otros que parecen ser mucho más habituales: granjas, factorías, casales, pequeñas aldeas...

inmediato se instala una aldea galaicorromana que supone en gran medida la continuidad del poblado y de la antigua comunidad?, ¿qué transformaciones sociales se reflejan o se esconden detrás de una aparente continuidad física o, al contrario, de ciertas radicales modificaciones del hábitat?

Frente a todo este complejo panorama arqueológico creemos fundamental analizar no únicamente los yacimientos en sí sino también su entorno y su ubicación en el paisaje, superando la herencia monumentalista centrada en el interior de los recintos y murallas. Aunque esto implicará una posible pérdida de precisión terminológica, creemos que favorecerá una explicación más global, integral y coherente del poblamiento rural galaicorromano.

En este sentido, nuestro marco interpretativo parte de las distintas y conocidas aportaciones que las nuevas perspectivas sobre el significado y dimensiones del proceso de romanización han realizado al estudio y conocimiento de los paisajes romanos (Keay, 2001; Woolf, 1997; Hingley, 1989; Grau Mira, 2006; Revilla, 2008). No obstante, en el caso concreto del Noroeste peninsular, hay que subrayar que estas reflexiones deben readaptarse y considerar un escenario que no coincide con el sistema clásico ciudad-campo de gran parte del imperio (Pérez Losada, 2002; Parceró, Ayán, Fábrega y Teira, 2007; Sastre Prats, 2001; Millett, 2001; Menéndez Bueyes, 2001).

Según todo este planteamiento, realizaremos en primer lugar una breve revisión y reflexión sobre la información actualmente disponible sobre este tema, para posteriormente abordar la evolución y transformación de los poblados castreños y las aldeas galaicorromanas que de ellos nacen, en dos grandes etapas, siempre dentro de la complejidad que suponen las diferencias geográficas dentro de *Gallaecia* (Delgado y Grande, 2009). A este respecto hay que señalar que, por razones prácticas de acceso a la información así como por limitaciones de tiempo y espacio, nos centraremos en el territorio de la actual comunidad de Galicia, aunque sin olvidar que, en el período romano en el que vamos a trabajar, la unidad territorial era la más amplia provincia de *Gallaecia* y, sobre todo, que la cultura castreña debe entenderse en el marco geográfico del Noroeste peninsular. En este sentido, como señalaremos, parecen existir diversos paralelos que muestran la semejanza de las tendencias aquí descritas en el norte de Portugal y parte del occidente asturiano.

2. Una breve revisión conceptual y arqueológica: los castros en época galaicorromana

En primer lugar, creemos necesario detenernos a reflexionar sobre algunos conceptos e ideas que, a pesar de ser básicos, a menudo son obviados o no siempre se tienen en cuenta de manera coherente a la hora de estudiar el mundo castreño en época romana.

En ese sentido puede ser útil empezar reflexionando sobre qué es realmente un castro. Un castro es un poblado fortificado, o como indica A. González Ruibal, un lugar con elementos sustanciales de alteración de la topografía (González Ruibal, 2007: 632-637). Su principal rasgo definitorio es, por tanto, su carácter fortificado, que no tiene que ser necesaria o únicamente artificial, sino que aprovecha también las condiciones naturales del emplazamiento.

Desde esta perspectiva la palabra “castro” hace referencia a un tipo de asentamiento, un concepto por tanto físico, que aunque está fuertemente ligado a la cultura castreña, no es exclusivo de ella sino que pervive fuera de la misma (Carrocera Fernández, 1996: 209-211; Arizaga y Ayán, 2007: 486)³. En este sentido quisiéramos también destacar que un castro es en realidad una aldea, pues al margen de las connotaciones sociopolíticas que la historiografía, principalmente la medieval, le da al término “aldea”, el castro no es otra cosa que el asentamiento de una comunidad rural. Obviamente, su carácter fortificado y emplazamiento defensivo introducen una serie de especificidades, pero consideramos que no ocultan ese sentido principal de asentamiento de una comunidad que vive de la explotación de los recursos agrarios (y en algunos casos también marinos o minerales) de su entorno.

Igualmente, hay que subrayar que el concepto de castro, como cualquier aldea o poblado, al menos en una economía preindustrial, no se restringe únicamente al núcleo de habitación y las construcciones físicas que lo componen sino que se extiende a todo el entorno donde se desarrolla la vida cotidiana de la comunidad. Un castro por tanto no son solamente

³ En palabras de estos autores, el castro es una manifestación material multidimensional y polisémica, que es redefinida y reutilizada no sólo por la sociedad castreña sino por otras formaciones socioculturales (Arizaga y Ayán, 2007: 486).

las casas, sino también las huertas, los espacios comunes y, en fin, el entorno de explotación directa más próximo, algo que habitualmente no se tiene en cuenta.

Igualmente, se debe enfatizar la enorme heterogeneidad que encierra el concepto de castro o poblado fortificado, tanto a través del espacio como del tiempo. En primer lugar, el tamaño de los poblados castreños puede variar mucho según los casos, las zonas y las épocas⁴, aunque, en general, se puede decir que el tamaño medio de los castros va aumentando a lo largo del tiempo, y especialmente ya en época romana. También hay importantes diferencias en el tipo de emplazamiento de los poblados castreños a través de los siglos, como ha sido puesto de relieve por diversos autores (Parcero Oubiña, 2000a, 2000b; Parcero, Ayán, Fábrega y Teira, 2007: 180-184). Igualmente, dentro de su tipología podríamos diferenciar, como es sabido, entre castros costeros (dedicados principalmente a la explotación de recursos marinos) (Naveiro López, 1994: 21-26), castros agrícolas (que constituirían la gran mayoría de los castros gallegos; estarían orientados a la agricultura y ganadería), castros mineros (con frecuencia más tardíos y ligados principalmente al mundo romano) y *oppida* (castros de mayores dimensiones y una organización social mucho más compleja, específicos de finales de la Edad del Hierro en la zona Sur del Noroeste peninsular) (Parcero, Ayán, Fábrega y Teira, 2007: 218-224). Por último, hay que hablar de importantes contrastes en la densidad del poblamiento castreño según la época y la zona. Por ejemplo, existen fuertes diferencias en el número de castros a ambos lados de la dorsal central que separa la Galicia occidental y la Galicia oriental (Carballo Arceo, 1996: 110-115), y, en general, entre las zonas de valle más fértiles y las áreas más montañosas.

Por tanto, un castro no equivale necesariamente siempre a cultura castreña ni es exclusivo de ella. Se trata de una realidad física que puede permanecer habitada, o reocuparse, con más o menos transformaciones materiales, a lo largo de distintos momentos históricos. Incluso, a pesar de su pleno abandono habitacional, puede continuar funcionando como

referencia espacial, como fortificación, como refugio de pastores o como lugar sagrado o simbólico, como sucede en la Edad Media. De este modo, al estudiar un castro en el paisaje, en nuestra opinión, debemos desligarlo de cualquier asociación automática a una etapa cronocultural concreta, pues en todas ellas, de distintas maneras, juega un papel concreto. Lo que debemos es analizar cuáles son y cuándo se dan esas funciones.

En este trabajo, como ya hemos señalado, nos centraremos en el papel de los poblados castreños, o sus emplazamientos, como lugares de poblamiento de comunidades en época galaicorromana, entre los siglos I y V aproximadamente. En ese sentido hay que subrayar que existen, obviamente, otras muchas realidades habitacionales rurales a lo largo de este período no ligadas directamente con los castros (las *villae* y *vici* son las más conocidas, pero habría que añadir otra serie de entidades de poblamiento como granjas, pequeñas factorías y casales...) que salpicarían el paisaje rural de estos siglos. El hecho de no poder ocuparnos aquí de ellas no implica que olvidemos ni podamos minusvalorar su papel en la estructura del poblamiento rural galaicorromano. Más bien pone de manifiesto la urgente necesidad de una actualización y revisión de conjunto de todo este importante tema.

Actualmente, parece claro que la cultura castreña como tal no puede extenderse más allá del siglo I d.C. (González Ruibal, 2007: 630). Sin embargo, eso no implica todavía el final de los castros como forma de habitación. De hecho, una reciente síntesis sobre la cronología castreña apunta a que los castros siguen siendo el lugar de habitación principal de las comunidades galaicas hasta el siglo II, momento a partir del cual su abandono se generaliza, prolongándose entre los siglos III y IV (Picón Platas, 2008).

Por tanto, debemos subrayar que, en contra de la visión tradicional de un abandono inmediato y masivo de los castros tras la llegada de Roma al Noroeste, los estudios arqueológicos de los últimos años han mostrado que en la mayor parte de Galicia no se produjo ninguna ruptura general en el poblamiento castreño directamente relacionable con el fenómeno concreto de la conquista (Arias Vilas, 1996). No encontramos tampoco un impacto general en la estructura de poblamiento de la Galicia rural como el que se dio en otras zonas vecinas en las que se crearon grandes sistemas de explotación

⁴ Las dimensiones de los castros pueden oscilar entre apenas 0,1 hectáreas y más de 10 hectáreas, si bien la mayoría de ellos se encuentran entre 1 y 2 hectáreas (Parcero Oubiña, Ayán Vila, Fábrega Álvarez y Teira Brión, 2007: 219).

minera romana como las Médulas (Orejas Saco del Valle, 1996; Sánchez Palencia y Fernández-Posse, 1992; Sastre Prats, 1998, 2001) o la Cuenca del Narcea (Fernández Mier, 1999) que influyeron drásticamente en la organización del hábitat indígena. De este modo, debemos hablar más bien del aprovechamiento de ciertos espacios por parte de los conquistadores, intermediarios o agentes a nivel local, sin que los castros que estaban habitados en ese momento (obviamente, no todos lo estaban a la llegada de Roma sino que muchos se habían abandonado, por diversas razones, durante los siglos previos) sufrieran alteraciones importantes hasta cierto tiempo después (González Ruibal, 2007: 618-625; Carballo Arceo, 1993: 72-79; Arizaga y Ayán, 2007: 480-486). De hecho, se ha puesto de manifiesto que muchos castros parecen vivir precisamente su etapa de mayor apogeo tras la conquista romana y durante el siglo I d.C. (Carrocera Fernández, 1996: 209-211).

En cambio, lo que sí muestran los datos arqueológicos es que en muchos de los castros que estaban ocupados en el momento de la llegada de Roma al Noroeste de la Península Ibérica se produjeron una serie de modificaciones de carácter físico y material durante los decenios siguientes a la conquista romana. En algunos casos, estos cambios habían comenzado a producirse antes de la anexión, como resultado de la transmisión de influencias y contactos culturales y su reinterpretación dentro de las dinámicas locales. Concretamente, podemos hablar de dos grandes tipos de transformaciones.

Por un lado, se observan cambios en la arquitectura y organización interna del poblado, con la aparición de nuevas casas o la restauración de las antiguas con formas y materiales específicamente romanos: estructuras cuadrangulares, cubrición con tégulas, calles rectas... Se trata de un tema relativamente bien conocido gracias a numerosas excavaciones por todo el Noroeste de la Península Ibérica (González Ruibal, 2007: 607-609; Arizaga y Ayán, 2007: 486; Arias Vilas, 1996).

Pero, por otro, se constata en muchos de estos castros un progresivo “desbordamiento” del recinto amurallado (croa), con la creación de nuevas casas y barrios fuera del mismo. Este proceso parece presentar distintos grados e intensidades y en algunos casos podría incluso definirse como un “deslizamiento” de las casas a lo largo de la ladera.

En nuestra opinión, se trata de un fenómeno fundamental para entender el proceso que pretendemos explicar. Sin embargo, no siempre se le ha prestado la atención que merece o no se ha podido interpretar adecuadamente debido, como ya hemos dicho, a una limitada visión del castro, tanto espacial (únicamente el lugar de habitación, en este caso dentro de la croa) como histórica (restringido a la cultura castreña). Y quizá también por no atender a ese progresivo cambio de ubicación de las casas, que no significa siempre un cambio de emplazamiento, se tiende a hablar más de “fin” del castro que de su transformación, olvidando los numerosos poblados galaicorromanos establecidos en su inmediatez así como las muchas aldeas actuales a los pies de estos antiguos poblados, que podrían representar la herencia del hábitat de dicho castro. Como ya hemos señalado, en este trabajo intentaremos abordar todas estas transformaciones de manera más global e interconectada.

La cronología de estos cambios varía en cada zona y poblado. Por supuesto, algunos castros parecen abandonarse y no hay evidencias de ninguna continuidad de su hábitat en el entorno inmediato. Sin embargo, desde la perspectiva más amplia que acabamos de señalar consideramos que la mayor parte sí continúan su evolución en estos siglos. En todo caso, lo que parece evidente es que no podemos ya hablar en ningún caso de castros de la cultura castreña, sino de una transformación, más o menos intensa, de los mismos.

¿Cómo denominar, pues, a estos poblados castreños tras la conquista romana? Como es sabido, es habitual referirse a dichos casos bajo el nombre de “castros romanizados”. Sin embargo, este concepto nos parece excesivamente reduccionista a la vez que semánticamente confuso o equivocado.

Por un lado, el término “castro romanizado” asocia directamente un proceso social histórico, prolongado y de difícil medición, como es la romanización, a un modelo físico de asentamiento concreto que no tiene por qué corresponder a única categoría sociocultural, como ya hemos dicho. En ese sentido, este concepto se ha aplicado habitualmente a contextos arqueológicos poco claros, ya que con frecuencia no se trata más que del hallazgo de tégulas o algún otro tipo de material de época galaicorromana en el interior de la croa del castro o, más frecuentemente, fuera del mismo, en sus proximidades.

Como es obvio, esto no basta para hablar de una “romanización” de los habitantes de dicho castro, al menos en el sentido de una verdadera transformación cultural y no meramente superficial o externa, de sus habitantes. Más bien la aparición de materiales romanos o galaicorromanos debería interpretarse sencillamente como una probable fase de ocupación del castro posterior a la llegada de la influencia del Imperio romano al Noroeste de la Península Ibérica.

Y sobre todo, como ya hemos comentado, la idea de “castro romanizado” conlleva indirectamente una visión restringida al antiguo recinto castreño, sin ampliar la escala de observación a todo el entorno inmediato en el que también se desenvolvía la vida de la comunidad, y hacia el que parece haberse expandido la población de muchos castros durante los siglos de presencia romana.

El grado e intensidad de estas transformaciones varían mucho de una zona a otra de Galicia (Delgado y Grande, 2009) e incluso en cada caso individual, como veremos a continuación, y es difícil establecer un límite preciso de distinción. Igualmente, los factores y estímulos ante los que se producen estos cambios varían también en el espacio y el tiempo. Por todo ello, consideramos que el concepto de “aldea galaicorromana” o “aldea castreña galaicorromana” puede englobar de manera más amplia, flexible y coherente que el de “castro romanizado” las transformaciones de todos estos poblados durante el período romano. Se trata simplemente de un término de trabajo que, sin pretender sustituir a otros, sí nos permitirá agrupar y estudiar aquí bajo una única realidad (pues es lo que consideramos que realmente sería) tanto los castros que, por así decirlo, permanecen ocupados, como aquellos que simplemente se trasladan de forma paulatina a su alrededor, superando una tradicional y a menudo difícil de explicar visión arqueológica ceñida sólo a los primeros.

Teniendo en cuenta todas estas consideraciones, y a tenor de la información arqueológica disponible actualmente, creemos que se puede hablar de dos grandes etapas o tendencias de evolución de los castros y aldeas castreñas galaicorromanas. En una primera fase, que podríamos extender de manera aproximada entre los siglos I y III d.C., asistiríamos a la transformación y auge de muchos castros en verdaderas aldeas galaicorromanas, ya sea dentro de su antiguo recinto o bien en sus inmediaciones. En una

segunda etapa, encuadrable entre los siglos III y V d.C., habría que hablar de la consolidación de un nuevo contexto social, económico y territorial que favoreció el abandono de muchos de estos antiguos poblados y la creación de una nueva estructura de poblamiento rural. No se trata pues de un “abandono de los castros” del mundo castreño sino más bien de un cambio en la estructura de poblamiento rural en un contexto muy distinto y romanizado. Sin embargo, otras muchas aldeas castreñas continuarán ocupadas y llegarán hasta la actualidad.

Se trata, por supuesto, de dos etapas aproximadas, que se solapan entre sí y que no tienen ningún carácter o límite restrictivo. Más bien tratamos con ellas de englobar una serie de tendencias generales coincidentes a pesar de las diferencias cronológicas y geográficas.

3. Poblamiento rural y comunidades galaicas entre los siglos I-III: ¿final o transformación de los castros?

3.1. Las aldeas castreñas galaicorromanas

Como hemos señalado anteriormente, consideramos que bajo una perspectiva y categoría de estudio más amplia y flexible que la del propio término “castro” podemos entender mejor los cambios del poblamiento rural en Galicia a partir del siglo I d.C. Bajo el concepto de aldeas castreñas galaicorromanas englobamos todas las tendencias de transformación del hábitat rural galaico que se constatan entre los siglos I y III: por una parte, como acabamos de señalar, estas aldeas, sea cual sea su emplazamiento, poseen una serie de aspectos físicos muy próximos a los de los poblados castreños como sería un tamaño similar, el mantenimiento de muchos materiales y técnicas de construcción y una morfología que aún parece tender a la agregación. Pero, por otra parte, estos asentamientos también presentan rasgos novedosos con respecto a los poblados castreños debidos principalmente a la influencia del mundo romano: estructuras cuadrangulares, calles rectas o cubrición con tégulas, y, sobre todo, ausencia o inutilidad de las murallas (derribando las antiguas o rebasándolas con las nuevas construcciones en los casos en que se mantiene la ocupación del emplazamiento), característica que realmente las transforma en aldeas abiertas.

En todo caso, dentro de este marco general caben numerosas e importantes diferencias y matices de casos individuales, dependiendo tanto del contexto de partida como de los diferentes factores internos y externos actuando en cada poblado.

Por un lado, hay diferencias en cuanto al grado de mantenimiento de la ocupación del antiguo recinto castreño. Como hemos señalado, en algunos casos el hábitat parece continuar prácticamente dentro del antiguo recinto castreño. Éste es el caso, por ejemplo, del castro de Viladonga (Castro de Rei) (Arias Vilas, 1996, 2000) que, aunque tiene orígenes en el s. I a.C., parece experimentar su principal desarrollo a partir del siglo II y hasta el siglo V, quizá en conexión con la viabilidad que llevaba a la ciudad de *Lucus Augusti*. Ejemplos similares serían los de Santomé (Ourense) (Rodríguez González, 2000) o Zoñán (Mondoñedo) (Vigo García, 2009; VV. AA., 2006: 24), ambos con casas cuadradas y urbanismo planificado de edificios en torno a un espacio central, dentro de una morfología típicamente castreña.

Sin embargo, lo más habitual parece ser un progresivo desbordamiento del antiguo recinto definido por las murallas (a veces ya antes de la conquista romana) y la dispersión de las casas por la ladera. El caso de Castromao, en el municipio orensano de Celanova (Orero Grandal, 2000, 2001, 2009; Carballo Arceo y Fábregas Valcarce, 1991; Fariña Busto, 1991), constituye una interesante muestra de ello. En su ladera, a escasos metros de la croa del castro se emplaza actualmente la aldea de Castromao, que se puede considerar la pervivencia del propio castro hasta la actualidad. Los resultados de las excavaciones indican que a inicios del siglo III las construcciones superaban los 485 metros desde la muralla, acercándose ya al núcleo actual. Es decir, no se trata de un cambio de emplazamiento, sino de un progresivo deslizamiento del hábitat del castro hasta quedar emplazado en la presente posición. Por otro lado, esto nos proporciona una posible datación de la aldea de Castromao, que se “instaló” (no “nació” pues parece continuar el hábitat del castro) en el lugar en el que actualmente se encontraría quizá en torno al siglo III-V.

También es indicativo el caso de Outeiro do Castro (A Merca), que parece presentar toda una secuencia arqueológica de ocupación desde el castro hasta la Baja Edad Media o Edad Moderna: castro con materiales romanos, asentamiento de época

romana-tardorromana-altomedieval y quizá hasta el siglo X-XII, necrópolis de época probablemente altomedieval, posible fortificación de época alto y plenomedieval y una ermita, quizá altomedieval con perduración hasta la Baja Edad Media-Edad Moderna, que sería al final el último vestigio de este poblamiento. En este sentido aún existen unas casas abandonadas en Ponte Hermida, cerca del lugar donde estaba la ermita. Toda esta serie de evidencias materiales se encuentran en el entorno inmediato de dicho castro, mostrando un ligero alejamiento del mismo a medida que avanza la secuencia temporal⁵.

Existen otras muchas evidencias arqueológicas por toda Galicia de este desplazamiento o asentamiento en el entorno inmediato de los antiguos recintos castreños. Por citar algunos mejor estudiados, podemos mencionar el caso del castro de Currás (Tomiño) que constituye un interesante complejo arqueológico con una secuencia castro-possible villa romana-necrópolis tardorromana y probable iglesia altomedieval (Gómez, González y Martínez, 1980), el castro de Bocas (As Neves), de gran tamaño y en cuyo entorno inmediato aparece numeroso material romano (Filgueira Valverde y García Alén, 1959: 67), el castro de Abegondo (Abegondo), en torno al cual se localizan abundantes materiales de ocupación en época romana (Naveiro López, 1994), o Alto do Castro (Cuntis) en cuya ladera se localiza el hábitat galaicorromano (Parcero Oubiña, 2000b).

También hay que hablar de importantes diferencias en el tamaño y dinamismo de los poblados derivados de antiguos castros. En la mayor parte de los casos como, por ejemplo, Romai Vello (Portas) (Filgueira Valverde y García Alén, 1959: 52), Nabal do Castro (Monterroso) o Castrillón-Bobadela (Celanova) parece tratarse simplemente de pequeñas aldeas agropecuarias en torno al antiguo recinto castreño. Pero en algunos casos el establecimiento galaicorromano parece mostrar un dinamismo e importancia mayor, como sucede, por ejemplo, con el castro de Brandomil (Zas), a cuyos pies se sitúa un conocido aglomerado secundario romano e identificado según las fuentes, con la probable *mansio* Grandimiro, en la vía XX (Pérez Losada, 2002). Otro ejemplo similar es el de Armeá (Allariz), un amplio yacimiento excavado en los años 50

⁵ Información procedente del Inventario del Servicio de Arqueología de la Xunta de Galicia.

y conformado por un castro, a cuyos pies hay un importante conjunto habitacional galaicorromano, con edificaciones de buena factura y calle empedrada, de manera similar a Santomé (VV. AA., 2006: 35; González Soutelo, 2008: 612-613). En general, encontramos una clara relación entre el especial auge de estos poblados galaicorromanos y su ubicación estratégica dentro de la red viaria y geografía político-económica de la Galicia romana.

En ese sentido también creemos que se debe interpretar la cronología de origen y auge de cada poblado. Aunque, como estamos viendo, prácticamente todos parecen poseer precedentes en época prerromana (Castromao, Alto do Castro, Cambre...), especialmente, a lo largo de la II Edad del Hierro, hay que señalar que algunos poblados experimentan su principal desarrollo a partir de la conquista romana (Carrocera Fernández, 1996: 209-211). Éste es el caso, entre otros muchos, de Viladonga, Lanzada o Santomé. De nuevo, no creemos que haya que hablar tanto de un “auge de los castros” tras la conquista romana sino más bien de un mayor dinamismo de ciertos poblados dentro de un nuevo contexto político, social y económico. Ya no son castros de la cultura castreña, sino poblados que, manteniendo en mayor o menor medida el emplazamiento del castro prerromano, se transforman y desarrollan bajo nuevos parámetros.

Como ya hemos anticipado, las mismas tendencias parecen detectarse en castros del norte de Portugal. Uno de los más significativos y mejor conocidos es el de Monte Mozinho, cerca de Oporto, en el que se constata una importante ocupación entre los siglos I-III/IV d.C. de toda la ladera inmediata a este *oppidum* (Soeiro, 2001; VV. AA., 2006: 74-75). Pero se pueden citar otros muchos casos como los castros de Âncora y Citania de Santa Luzia, en el distrito de Viana do Castelo, Monte das Eiras y Castro de São Lourenço en el distrito de Braga o Castro de Alvarelhos y Monte Padrão en el distrito de Porto (VV. AA., 2006), todos ellos con claras e importantes etapas de habitación dentro o fuera del recinto amurallado durante los siglos romanos.

3.2. *El alcance real de las transformaciones*

A pesar de todos los ejemplos vistos hasta ahora, podemos considerar que el número de castros, o,

más bien, emplazamientos de castros, que continuaron ocupados tras la llegada de Roma debió ser muy superior a todos los casos que hasta ahora ha podido certificar la arqueología. Por un lado, como ya se ha dicho, al margen de las excavaciones, el hallazgo de materiales de época romana está ligado en la mayor parte de los casos únicamente a la calidad o intensidad del reconocimiento de cada castro según las circunstancias del arqueólogo que lo realizó y según la mayor o menor presencia de vegetación y otros condicionantes que permitan efectuar la prospección. Por ello no podríamos descartar que muchos otros castros considerados por el momento como pertenecientes únicamente en la Edad del Hierro pudiesen contener igualmente tégulas y otros materiales de época romana que no han sido localizados durante su prospección. Por otro lado, tampoco se puede desechar la idea de que algunos castros que tras ser excavados únicamente presentan materiales típicamente indígenas hubiesen continuado ocupados en etapas posteriores al cambio de Era, sobre todo, en zonas de interior y montaña con menos contactos comerciales.

En ese sentido y retomando el problema de cómo definir la continuidad de ocupación de un asentamiento o su emplazamiento, encontramos actualmente algunas aldeas a muy escasos metros de la croa de un castro, que parecen ser el resultado histórico de la evolución del poblamiento del mismo, y, por tanto, indicar la existencia de dicho poblamiento en el momento que ahora nos ocupa, los siglos I y III. Sin embargo, no hay, dada la falta de prospecciones más profundas, evidencias materiales directas que demuestren dicha continuidad de habitación entre ambos asentamientos, aunque sí evidencias indirectas de tipo documental o toponómico.

Para muchas de estas aldeas físicamente ligadas a un castro conocemos referencias en la documentación monástica de los siglos IX-XIII que demuestran su existencia por lo menos ya en esa época. Éste sería el caso, entre otros muchos, de las poblaciones de Cambre, Meangos, Armental, Leiro, Sada, Serantes, Cesuras, Mandrás, Desteriz, Bobadela, Faramontaos, Orga o Sande (Sánchez Pardo, 2008a: 669-774). Otras de estas aldeas actualmente a los pies de un castro no se mencionan en la documentación medieval, lo cual puede deberse a la aleatoriedad o circunstancias ligadas al autor de los documentos

más que a la inexistencia de dicha entidad de poblamiento. Un caso representativo puede ser el del Castro de Cexo (Verea), a los pies del cual está la aldea de “Castro”, que parece ser la supervivencia del hábitat del castro hasta hoy. Aunque no se conozcan evidencias materiales de esta continuidad diacrónica, la propia ubicación de la aldea, a escasos 20 metros de las murallas del castro, aún a media ladera, y su indicativo nombre parecen apoyar esta idea. Lo mismo se puede señalar para otras frecuentes aldeas o lugares denominados “Castro” a escasísimos metros de la croa de un antiguo poblado castreño, como sucede en el Castro de Quintela (Oza dos Ríos).

Podíamos seguir ofreciendo datos de aldeas claramente vinculadas a nivel físico con un castro, pero, obviamente, no podemos demostrar la línea de continuidad de habitación ininterrumpida entre ambos tipos de asentamiento ni la ocupación del castro entendido también como su entorno inmediato, durante el momento histórico que ahora nos ocupa. Sin embargo, hay una serie de casos similares que cuentan con un mayor apoyo a través de la evidencia toponímica, como es el de las aldeas con toponimia en “-bre”.

Los topónimos en “-bre” (Fillobre, Baralobre, Tiobre, Calobre, Obre, Illobre, Cecebre, Lubre, Anzobre, Bañobre...) son una serie de nombres de lugar específicos del Noroeste de Galicia caracterizados por compartir un común y peculiar sufijo de probable origen prerromano, como es la partícula “-bre”⁶ y sus derivados, que según la gran mayoría de las investigaciones filológicas tendría una relación fonética con el sufijo céltico “-brix” o “-briga”: “ciudad”, “castro”, “fortificación en altura” (Moralejo Laso, 1977: 49-83; Búa Carballo, 2004; Búa Carballo y Lois Silva, 1995; Moralejo Álvarez, 2003). En total se conocen un total de 72 nombres de lugares caracterizados por presentar este sufijo final “-bre” o sus derivados “-obe/ove”, y por concentrarse de forma casi exclusiva en la provincia coruñesa, especialmente en torno al antiguo Golfo Ártabro.

Lo que nos interesa destacar aquí de estos topónimos es que la mayoría de estas poblaciones se encuentran, efectivamente, muy próximas a un castro

⁶ También conocidos como topónimos en “-obre”, aunque de forma incorrecta, según Búa Carballo y Lois Silva (1995: 13-15).

de manera que se puede pensar que estas aldeas son las herederas del antiguo poblamiento del castro, que se ha desplazado algunos centenares de metros desde el abandono del interior de la croa. Este fenómeno del desplazamiento de los topónimos prerromanos de su lugar original parece frecuente en el Noroeste de la Península Ibérica (Menéndez de Luarda y Navia, 2000: 91-112). Por tanto, los lugares con topónimos en “-bre” podrían constituir un interesante fósil histórico del poblamiento. Y se trataría sobre todo de un “fósil guía” que nos podría ayudar a poner en relación el hábitat en castro y las primeras aldeas fuera de él. Desconocemos si se trató de una evolución progresiva, de un “deslizamiento”, como ya hemos indicado, o fue un cambio más rápido. Sin embargo, dado que en tan solo uno de los castros más cercanos a los lugares con topónimos en “-bre” se conocen datos materiales de época romana⁷, podríamos pensar como hipótesis que el recinto habitado de estos castros se desocupó no mucho después de la conquista y que las aldeas con topónimos en “-bre” se habrían formado relativamente rápido, con un período de transición de una o dos generaciones, como un primer paso o intento de habitación en abierto, sin murallas y con una mejor accesibilidad a las zonas de cultivo en el valle y en las terrazas fluviales.

Al igual que anteriormente señalábamos la posibilidad de que existiesen más casos de primitivas aldeas ligadas a castros que no han llegado hasta la actualidad, parece lógico pensar que pudo haber otras aldeas con toponimia en “-bre” que no han llegado hasta nuestros días. No obstante, hay que recordar que el uso de la toponimia por sí sola es sumamente arriesgado y debe considerarse únicamente como mera hipótesis de trabajo que solo la arqueología podrá verificar en el futuro.

Por tanto, nos interesa señalar que podría haber muchos más casos de aldeas castreñas galaicorromanas de las actualmente conocidas a través de la arqueología. En un reciente estudio de los castros de las áreas de As Mariñas Coruñesas y la comarca orensana de Terra de Celanova (Sánchez Pardo, 2008a: 390-395) pudimos estimar que uniendo la información arqueológica con las hipótesis toponímicas y documentales obtendríamos que cerca de

⁷ Se trata del castro de Montrove (Oleiros), donde apareció abundante *tegula*.

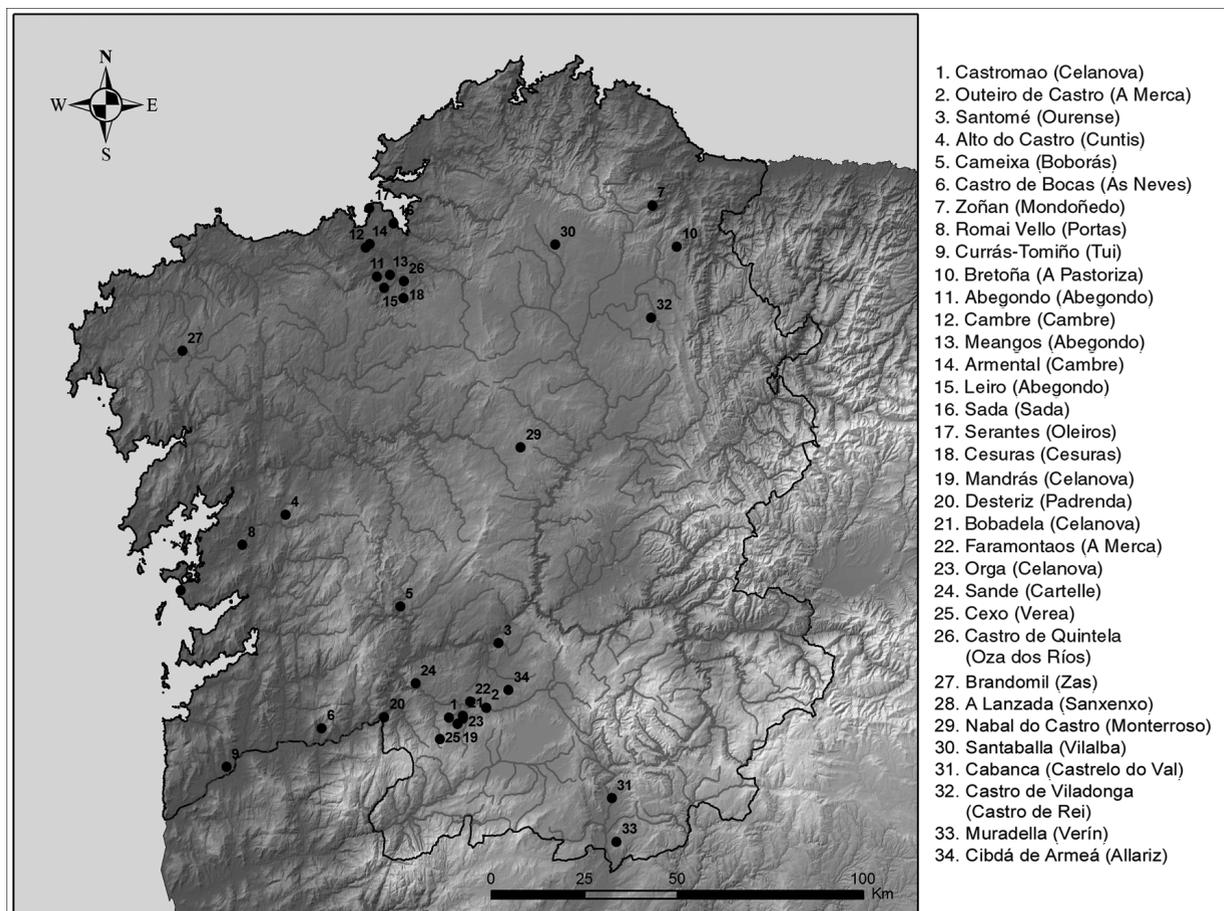


FIG. 1. Mapa de localización de los castros y aldeas castreñas galaicorromanas citadas en el texto.

la mitad de los castros que estaban habitados en esas dos zonas gallegas cuando se produjo la conquista romana se habrían transformado en aldea abierta entre los siglos I-II en el mismo emplazamiento. La otra mitad habrían buscado una localización más alejada, aunque en general seguirían estando cerca del antiguo núcleo castreño y manteniendo, en general, patrones de distribución muy similares en el conjunto de la organización territorial (Criado Boado, 1989)⁸.

⁸ Este autor matiza que esto no significa que un patrón derive de otro sino que más bien se mantienen las mismas circunstancias en el entorno que propician iguales soluciones. Pertenece al mismo "momento del paisaje" (Criado Boado, 1989).

3.3. Castros y aldeas en la geografía del poblamiento galaicorromano altoimperial

Aunque, como hemos señalado, podemos pensar que estas aldeas castreñas galaicorromanas constituirían la mayor parte del poblamiento rural galaico durante estos primeros siglos de nuestra Era, sabemos que existirían también otros asentamientos rurales no derivados de castros y que serían los modelos que, probablemente, inspiraron la transformación en el poblamiento de dichos castros. Aunque, como ya hemos señalado, no son aquí nuestro objeto de estudio, sí debemos señalar algunas de sus posibles relaciones con las aldeas castreñas.

Estos asentamientos, probablemente aun menores en proporción dentro del panorama del poblamiento

rural de esta época (a pesar de lo cual, son los más estudiados), obedecerían a modelos típicamente romanos: pequeñas villas, asentamientos tipo *vici*... y serían construidos por agentes del mundo romano (funcionarios, militares, comerciantes, etc.) así como por elementos indígenas más cercanos a los conquistadores (aristocracias locales, habitantes de poblados costeros más ligados al comercio que ya existiría previamente a la conquista...). Parece probable que estos asentamientos foráneos fueran introducidos en fechas tempranas, probablemente antes del último cuarto del siglo I d.C. y de este modo influyesen en la progresiva transformación de los poblados castreños del entorno. En este sentido, podemos pensar que poseerían un carácter prestigioso y obviamente novedoso que impactó en las comunidades y en las mentalidades indígenas. Por otro lado, también es probable que a lo largo de la segunda mitad del s. I y de todo el s. II se fuesen estableciendo progresivamente alrededor de estos núcleos algunos asentamientos indígenas, fuera por primera vez de la órbita castreña, relacionados con la explotación agraria que en ellos se llevaba a cabo.

Por encima de estos asentamientos rurales, habría que hablar del establecimiento durante estos dos siglos de muchos de los “aglomerados secundarios” que conforman los ejes de articulación del mundo rural, y que han sido estudiados por F. Pérez Losada (2002). Se trata de toda una serie de núcleos semiurbanos caracterizados por desarrollar otras actividades además de la meramente agrícola. Su papel articulador es importante, pero aun menor que el que se detecta a partir del siglo III.

La relación entre las aldeas galaicorromanas y todos estos asentamientos parece variar según cada caso y zona (Delgado y Grande, 2009: 70-80). En muchas áreas de Galicia, especialmente en zonas de interior y montaña, parece plausible pensar todavía en una más bien débil interrelación. Sin embargo, también parece claro que estos centros irán adquiriendo mayor importancia y alcance de influencia real a lo largo del tiempo, hasta convertirse en muchos casos en verdaderos articuladores e incluso reorganizadores del poblamiento rural. No obstante, esto nos pone ya en contacto con el siguiente período de nuestro estudio, del que hablaremos más adelante.

3.4. Reflexiones sobre las causas y factores de la transformación

Como se ha tratado de mostrar en las páginas precedentes, tanto a través de indicios más evidentes como de otros más indirectos, podemos considerar que entre los siglos I y II no hay que hablar tanto de “fin de los castros” como de su transformación paulatina en aldeas galaicorromanas, caracterizadas por cambios en la arquitectura y organización física. Estas aldeas o bien mantienen plenamente el emplazamiento del antiguo castro, o bien se trasladan a su exterior, a unas pocas decenas de metros a sus pies, como hemos visto en los diversos ejemplos.

Aunque apenas hay datos al respecto, podemos pensar que este proceso de transformación del castro se prolongaría a lo largo de algunas generaciones, con el paulatino traslado de población hacia las nuevas zonas de habitación del poblado, los nuevos “barrios”. Este traslado del poblado pudo desarrollarse de forma directa o a través de diversas fases intermedias, ya que, como hemos indicado, está constatado en algunos castros el progresivo “deslizamiento” de las casas a lo largo de la ladera, fuera de sus murallas, hasta llegar a asentarse en el lugar donde hoy se encuentra la aldea. Según los datos disponibles, la mayor parte de los poblados que estaban habitados en el momento de la llegada de Roma seguirían esta evolución durante los dos siglos siguientes. Los abandonos de estas aldeas sí existirán, y serán importantes, pero se darán principalmente en las centurias posteriores, como veremos más adelante.

En este sentido, la paulatina transformación del hábitat no altera todavía la distribución de las comunidades, sino que éstas se mantienen: se trataría aun de las mismas comunidades de cada castro, al menos en su mayor parte. No tiene sentido pensar que todos los grupos que habitaban los castros de una zona desaparecieran súbitamente en dos siglos o se redistribuyan velozmente rompiendo sus lazos a lo largo de un paisaje en el que arqueológicamente solo hay datos de unos pocos asentamientos de carácter *ex-novo* en llano. Esto supondría una auténtica ruptura en la que nos cuesta mucho encajar la información disponible para la mayor parte de Galicia.

Sobre este proceso de transformación del hábitat castreño tras la llegada de Roma se han propuesto muchas explicaciones. Algunas de ellas se basan en

factores económicos (Sastre Prats, 1998; Orejas Saco del Valle, 1996), políticos o sociopolíticos (Pereira Menaut, 1997), bajo los cuales sí podría llegar a tener sentido una visión de radical o moderada ruptura.

Sin embargo, más recientemente A. González Ruibal (2007) considera que esta transformación “no puede explicarse ni por imposición romana ni por factores económicos. Apenas existe diferencia espacial entre el lugar donde se instala la nueva aldea y el castro. En muchos casos tan solo la muralla del antiguo poblado separa a ambos asentamientos” y, por tanto, no se puede afirmar que los nuevos poblados se sitúen en lugares más cercanos a las tierras agrícolas del valle, porque “el esfuerzo de erigir un nuevo asentamiento no resulta rentable en relación a los pocos metros de cercanía a las tierras cultivables que se ganan” (González Ruibal, 2007: 618). Este autor cree que tampoco puede hablarse de una imposición política como causa de los cambios en el hábitat, pues aunque algunos autores consideran que perduraron los castros útiles para Roma, “cuesta pensar que la pervivencia de muchos de estos poblados (descontados los mineros) pueda relacionarse con planes macroeconómicos imperiales. Los que perduraron, más bien, serían los castros útiles para los indígenas en el marco romano” (González Ruibal, 2007: 626-627).

Las causas, por tanto, habría que buscarlas sobre todo en un cambio cultural, de asimilación de formas de poblamiento traídas por Roma e imitación de un modelo foráneo cada vez más reconocido socialmente como prestigioso (González García, 2009; Arizaga y Ayán, 2007: 486), aunque por supuesto influirían también factores económicos como una mayor cercanía a las tierras de cultivo, a los cursos de agua o a las vías de comunicación. Por otro lado, como ya hemos señalado, el fenómeno de la imitación implica la existencia de modelos de asentamiento a imitar, es decir, la presencia temprana de tipos de hábitat abiertos, no relacionados con los castros sino procedentes de modelos foráneos.

Sobre este proceso, González Ruibal aporta un interesante paralelo con el ejemplo gallego contemporáneo: “A partir de 1970 muchos asentamientos tradicionales han quedado parcial o totalmente abandonados y en su lugar han surgido poblados nuevos a escasa distancia de los anteriores. Las nuevas casas se disponen a modo de escaparate a lo largo de las carreteras y ocultan bajo una fachada de modernidad

la aldea ruinoso a sus espaldas” (González Ruibal, 2007: 619). Es la idea del castro como algo que cada vez más se considera “viejo” y símbolo de un pasado material superado.

Por otro lado, también creemos importante tener en cuenta a la hora de explicar esta transformación el contexto general de crecimiento y dinamismo que ya existía en las comunidades galaicas desde finales de la II Edad del Hierro (González Ruibal, 2007: 616-617; Parceró Oubiña, 2000a; Parceró, Ayán, Fábrega y Teira, 2007: 218-219). Este crecimiento tendría sus primeros reflejos uno o dos siglos antes del cambio de Era en la ampliación de numerosos castros y la transformación de algunos en grandes *oppida*, con la potenciación de éstos como lugares centrales (Carballo Arceo, 1993: 73-80). Y, como también han indicado estos autores, este proceso no se interrumpe con la llegada de Roma al Noroeste, sino que, al contrario, parece precisamente alcanzar en estos momentos su mayor auge.

Por tanto, volviendo a nuestra explicación, la transformación de los poblados castreños constituyó un fenómeno fundamental, pero se hizo de forma progresiva, en cada comunidad, a partir del castro, y no tanto “contra él”. Sin embargo, no se trató en absoluto de un proceso homogéneo sino que debió presentar diferentes intensidades y ritmos según los casos y las zonas. Según la información arqueológica, podemos pensar que, en general, estos cambios fueron más tempranos e intensos en el sur de Galicia y más tardíos y laxos en el norte. Igualmente debió existir una importante diferencia entre las zonas costeras y las de interior, especialmente aquellas más montañosas del oriente de Lugo y Ourense. Por último, como ya hemos indicado, no podemos descartar que hubiese algunos castros que no llegaran a originar un nuevo poblamiento dentro o fuera de su recinto, sino que se abandonaron antes de ello, o bien lo originaron y éste desapareció al poco tiempo, antes de fines del siglo II; sin embargo, podemos pensar que la mayoría de las comunidades sí perviven durante estos primeros siglos de nuestra Era.

3.5. *Las comunidades galaicas a la luz de las transformaciones del poblamiento rural*

El análisis del poblamiento y sus cambios entre los siglos I-III nos pone sobre la pista de otra serie de

procesos sociales que debieron experimentar las comunidades galaicas durante este período. Aunque todavía falta mucho que estudiar sobre esta cuestión, sí podemos plantear algunas reflexiones sobre las dinámicas sociales que están detrás de esta transformación del hábitat castreño durante los dos primeros siglos de nuestra Era. En ese sentido creemos que debemos hablar tanto de permanencias como de cambios.

Por un lado, podemos pensar que durante estos siglos la cohesión interna de la comunidad no debió sufrir importantes cambios. La continuidad de los emplazamientos o la relación entre el poblado castreño, que se iría desocupando progresivamente—quedando en él quizá las personas más mayores mientras las nuevas generaciones se trasladaban—, y el nuevo núcleo fuera de sus murallas sería muy fuerte, ya que en muchos casos ambos convivirían durante un período de tiempo más o menos prolongado. Además, parece probable que se consideraran colectivamente como un mismo poblado y comunidad, y, en todo caso, mantendrían unas relaciones de vinculación mentales, sociales y económicas muy estrechas. En este sentido, uno de los elementos que parece ser reflejo del mantenimiento de la cohesión comunitaria es la estructura compacta o agregada de estas aldeas primitivas. Éste era el modelo de concepción espacial de la comunidad que conocían y habían heredado de sus antepasados, el modelo del castro. Dicha organización del espacio aldeano en forma concentrada implica una mayor cercanía y convivencia entre los grupos familiares, y probablemente la existencia de más espacios comunes, tanto dentro del poblado como en los campos de cultivo.

Sin embargo, no todos los aspectos de la organización de estas primeras aldeas conllevan permanencias a nivel social. Como ya se ha señalado, el carácter defensivo de los antiguos castros desaparece en estos nuevos poblados, ya que las antiguas murallas o bien son destruidas—intencionadamente o por el paso del tiempo— o bien reaprovechadas o bien rebasadas con nuevas construcciones, mientras que en el caso de las aldeas que surgen en nuevos emplazamientos—que, además, son más accesibles y por tanto menos defensivos— directamente ya no existen desde su inicio. Esto implica un cambio muy importante, que si bien no es exclusivo de este período, pues la disminución del carácter defensivo de los castros se venía produciendo desde muchos siglos

antes, tiene ahora su momento de consolidación. Se trata del paso de comunidades que, al menos en un plano conceptual y simbólico, se defienden y fortifican, a otras que no lo hacen. Pensamos que este fenómeno podría ponerse en relación con el cambio social y el progresivo fortalecimiento de élites en las comunidades (Sastre Prats, 2001). El carácter fortificado de los poblados castreños implicaba que, al menos en su origen, respondían a conflictos entre las comunidades vecinas. A su vez, parece que hasta finales de la Edad del Hierro, especialmente en zonas del norte e interior de Galicia, no existían jerarquías excesivamente marcadas dentro de las comunidades (González Ruibal, 2007: 633-634; Delgado y Grande, 2009, 85-87). Pero en las aldeas que resultan de la transformación de los castros en los siglos I y II, ya no existe esa necesidad de defensa colectiva, no hay conflictos con las comunidades vecinas, quizá precisamente porque ya existen élites supralocales que canalizan y dirigen la fuerza de las comunidades indígenas (González García, 2009). En ese sentido podemos pensar que la desaparición de la peculiar forma de organización política de las comunidades indígenas prerromanas en *castella* (Arias Vilas, 1992: 29-38) está relacionada con esta progresiva transformación de los asentamientos y los cambios en las comunidades que los habitaban.

4. Continuidad y abandono de las aldeas castreñas galaicorromanas (ss. III-V)

4.1. *La consolidación de un nuevo contexto socioeconómico*

Según todo lo expuesto hasta ahora podemos pensar que, hacia finales del siglo II, las transformaciones acaecidas en la estructura territorial con respecto a dos siglos antes, sin dejar de ser muy importantes, no habían modificado todavía plenamente las pautas esenciales de la organización espacial de la cultura castreña y del poblamiento heredado de ella.

Sin embargo, a partir del siglo III, comienzan a percibirse una serie de cambios que, siempre de forma progresiva, sí supondrán una modificación realmente sustancial en la organización territorial en *Gallaecia*. Frente a las centurias precedentes, en las que la relación entre Roma y el Noroeste se basaba principalmente en la organización y explotación de

una tierra de conquista, entramos ahora en una etapa de mayor integración en el sistema imperial romano. Por supuesto, no podemos encerrar en fases cronológicas exactas procesos que se extienden, mezclan y difuminan en el tiempo, pero desde un punto de vista amplio y general podemos considerar que el nacimiento y auge de este nuevo proceso tiene lugar entre los siglos III y V. Concretamente, consideramos que se puede individualizar el siglo III como momento de transición.

Para entender estos cambios creemos necesario tener en cuenta dos grandes procesos, muy interrelacionados entre sí, que definen, desde nuestro punto de vista, la evolución del Noroeste de la Península Ibérica entre los siglos III y V: la consolidación de las transformaciones sociales debidas a la romanización y la configuración de un nuevo contexto económico.

En primer lugar, y desde un plano social, hay que señalar que es a lo largo de este período cuando se produce la consolidación del proceso de romanización, que ahora llega a calar definitivamente en el tejido interno y la vida de las comunidades galaicas. La romanización constituyó, ante todo, un lento y progresivo proceso de cambio cultural y de identidad colectiva (González Ruibal, 2007). De esta manera, desde un punto de vista estructural, las transformaciones derivadas de la llegada de Roma al Noroeste en los dos siglos precedentes eran, a pesar de su mayor vistosidad, todavía superficiales en gran parte de la población rural. No significa esto que no fueran importantes, sino más bien epidérmicas o aún no hechas plenamente propias en las estructuras esenciales de todas las sociedades locales. Sin embargo, en el período que ahora nos ocupa, estos cambios sí parecen realmente fraguar en toda la sociedad, de modo que entre los siglos III y V podemos ya hablar verdaderamente de una sociedad galaicorromana. Indicios como la definitiva adopción del latín o precisamente la disminución progresiva de las “ostentaciones” de romanidad como elemento de prestigio social parecen hablar en este sentido, si bien hay que señalar nuevamente la existencia de diferentes ritmos e intensidades en cada zona.

Sin embargo, todo esto no quiere decir que el proceso de romanización del que estamos hablando suponga una homogeneización ni una conversión a modelos clásicos mediterráneos. En este sentido, algunos autores hablan de un “modelo noroeste” de

romanización (Menéndez Bueyes, 2001: 261-264), ya que en esta zona de la Península Ibérica no encontramos algunas de las principales características del mundo romano clásico y mediterráneo, como es el importante papel de la ciudad (Pérez Losada, 1996: 249-255). Este papel fue tomado aquí por otro tipo de elementos de la organización territorial, como son los *fora* (Pereira Menaut, 1997: 247-248; Villanueva Acuña, 1999: 679-682) y los aglomerados secundarios (Pérez Losada, 1996, 2002), de los que hablaremos más adelante.

En todo caso, es importante señalar que, a través de vías distintas, y conservando siempre la especificidad de su punto de partida, la romanización de la sociedad del Noroeste en la etapa bajoimperial parece innegable y profunda (Pereira Menaut, 1997).

En segundo lugar, hay que hablar de un nuevo contexto económico que será clave en la aparición de la nueva estructura territorial. En este sentido, frente a la idea tradicional de una profunda crisis económica bajoimperial, los datos disponibles parecen indicar que dicha coyuntura no afectó especialmente al Noroeste de la Península Ibérica (Arias Vilas, 2005: 302-306; Menéndez Bueyes, 2001: 260-263), al igual que sucedió con otras zonas periféricas del imperio donde existía una menor integración en el sistema económico mediterráneo basado en la relación ciudad-campo. En efecto, la historiografía reciente va superando la tradicional idea de que el Bajo Imperio solo fue una etapa de crisis (Chavarría Arnau, 2006: 22-26) e incluso considera que, según los indicios materiales y especialmente aquellos relacionados con el comercio, el Noroeste vive, entre los siglos III y V, una época de especial auge económico, con una importante intensificación del comercio marítimo atlántico y de las comunicaciones, tanto internas entre las comunidades de *Gallaecia*, como hacia el exterior de esta nueva provincia.

En este sentido, desde nuestro punto de vista, uno de los elementos claves en la configuración e intensificación de la economía del Noroeste en esta etapa es la consolidación y extensión del uso de las redes viarias romanas. Aunque parece admitido que el origen de las distintas vías principales y secundarias que articulaban *Gallaecia* sería anterior a la etapa que ahora nos ocupa, entre los siglos I y III, hay que tener en cuenta que en esos primeros momentos las vías tendrían un uso principalmente militar, para transporte de tropas y mercancías relacionadas con

el ejército (Saez Taboada, 2003: 107-125). De este modo no será hasta finales del s. II y ya durante el siglo III (Rodríguez Colmenero, Ferrer Sierra y Álvarez Asorey, 2004: 16-20), especialmente gracias a las reformas viarias de Caracalla, cuando cobren realmente importancia en la vida de las comunidades indígenas, en consonancia con la cada vez mayor permeabilización del tejido social y cultural por el proceso romanizador. Por otro lado, aunque parece probable que algunas de las vías romanas aprovechen en realidad el trazado de pasos y vías naturales que ya se usaban anteriormente (Nárdiz Ortiz, 1992; Arias Vilas, 1992: 45), será el Imperio romano quien, consciente de su clara e importante finalidad económica, realice sin duda una enorme obra de ampliación y mejora del trazado viario del Noroeste, que será fundamental en la consolidación de este nuevo contexto socioeconómico.

4.2. Abandono y continuidad de las aldeas castreñas galaicorromanas en una nueva estructura de poblamiento

Es en este nuevo contexto que se había ido forjando previamente pero que se consolida en el Bajo Imperio en el que creemos que hay que valorar y encuadrar el verdadero final de muchas de las aldeas castreñas galaicorromanas de las que hemos hablado anteriormente. Como sabemos, estas aldeas seguían vinculadas a la organización espacial castreña, ya que, en realidad, no eran sino la transformación de los poblados castreños en o cerca de su antiguo emplazamiento. Sin embargo, la nueva geografía política y económica de estos siglos que acabamos de describir no se corresponde en muchos casos con esta antigua organización espacial del hábitat, por lo cual la mayoría de estas antiguas aldeas, herederas de las comunidades castreñas de inicios de nuestra Era, se vieron paulatinamente relegadas a un lugar secundario en la nueva estructura territorial. En muchos casos esto desembocó en la crisis y abandono paulatino a partir de finales del siglo II de la antigua aldea galaicorromana, cuya población se traslada progresivamente a nuevos asentamientos. Se trataría en su mayoría de las aldeas que habían mantenido el mismo emplazamiento del antiguo castro (es decir, los mal llamados “castros romanizados”).

En este sentido, creemos que hay que interpretar muchos de los habituales hallazgos de materiales galaicorromanos en torno a castros. Éste es el caso, por ejemplo, de Cabanca (Castrelo do Val), un castro orensano en el que hay restos de casas cuadradas con tégulas, en un recinto pequeño, de unos 100 metros, y a cuyos pies se localizan más restos romanos: cerámica común romana, fustes graníticos, restos de edificaciones y una posible ara romana (Rodríguez Colmenero, 1977: 110). La zona ahora está despoblada, a 700 metros del núcleo habitado más cercano y parece probable que su abandono se produjera en esta etapa. También podemos citar el yacimiento romano ligado al castro de Muradella (Verín), que fue excavado parcialmente en los años 60 del s. XX. En este sitio se localizaron algunos muros y construcciones de ladrillo de difícil interpretación, un edículo pavimentado con mortero romano, una cercana posible necrópolis de inhumación y restos de diversas esculturas o grupos escultóricos de mármol importados (Pérez Losada, 1991: 439). Casos similares son los de Santaballa (Vilalba) (Ramil Rego, 2001: 197), Castrillón-Bobadela (Celanova) o Cameixa (Boborás) (Amado Reino, Martínez López y Santos Estévez, 1998: 78).

A la vez que se produce este abandono de muchas aldeas castreñas galaicorromanas (no meramente de “castros”) en profunda interconexión con la configuración de una nueva ordenación territorial y socioeconómica, comienzan a surgir, con diferentes ritmos según las zonas de *Gallaecia*, nuevos asentamientos indígenas situados y relacionados con dichos nuevos espacios centrales: vías de comunicación, áreas de influencia de “aglomerados secundarios”, zonas de valle, cursos fluviales... Se trata de toda una amplia serie de pequeños asentamientos rurales que ya no derivan simplemente de la transformación del poblamiento de un castro, sea en su mismo emplazamiento o en otro cercano, sino que corresponden al nacimiento de nuevos núcleos de población a través de la creación de pequeñas explotaciones agrarias, sentando las bases sobre las que se desarrollará el poblamiento de las siguientes centurias.

En todo caso, podemos pensar que se mantendrían ciertos lazos entre la “aldea madre” y la nueva aldea, tanto en el caso de que dicha aldea castreña perviva, como en el caso de que se abandone totalmente. En el primero, estos lazos se plasmarán en ocasiones en la condición de un territorio común

del que quizá, en algunos casos, derive la posterior parroquia. En el segundo, podemos hablar de la pervivencia, al menos inconsciente, del antiguo poblado en el recuerdo comunitario a lo largo del tiempo, que se plasmará en ritos y tradiciones a él asociados así como a la concesión de un carácter sagrado a dicho lugar, en el cual se levantarán posteriormente a veces capillas e iglesias.

Sin embargo, otras muchas aldeas castreñas galaicorromanas no fueron abandonadas, y de hecho parte de ellas han pervivido hasta nuestros días, dejando prueba en la documentación medieval de su ocupación ininterrumpida desde entonces. Sin embargo, su situación en el nuevo esquema territorial sí que supuso en muchos casos que el desarrollo y crecimiento de estos poblados fuese más limitado que el de los asentamientos relacionados con los ejes de la nueva articulación territorial. Es por ello que la mayoría de estas aldeas que han pervivido hasta nuestros días (excepto algunos casos en que sí mantuvieron algún papel en esta nueva organización político-económica) poseen un tamaño pequeño, siendo en muy pocas ocasiones sedes parroquiales. En este sentido, por ejemplo, vemos que las aldeas con topónimos en “-bre”, en general, no se relacionan con la red viaria romana porque son anteriores a ella, de manera que cuando ésta se terminó de establecer, dichas aldeas quedaron desplazadas a un segundo lugar o a una posición periférica.

Un posible ejemplo de esta continuidad de ocupación es el poblado castreño galaicorromano de Nabal do Castro (Monterroso). Este castro está situado prácticamente bajo la aldea actual, y de hecho dentro de su recinto se encuentra la iglesia parroquial, de estilo románico, mientras que en su entorno inmediato se localizaron numerosos restos de tégulas, molinos, cerámica común romana, ladrillos y escorias de metal⁹. Otro posible ejemplo es el castro de Bretoña (A Pastoriza) situado en la aldea de igual nombre y que fue excavado parcialmente en los años 70 del s. XX por M. Chamoso Lamas (1975), localizando una ocupación romana así como una iglesia primitiva y una necrópolis que podrían corresponder a un monasterio-episcopado tardoantiguo. En un trabajo previo hemos propuesto denominar “aldeas primitivas”

a todos esos núcleos que derivan de un antiguo poblado castreño y aún siguen ocupados en la actualidad (Sánchez Pardo, 2008a: 383-385).

En este sentido, pensamos que se debe revisar la idea o el concepto de continuidad de los castros. Muchos autores hablan de una pervivencia o reocupación de los castros hasta fechas tardías como los siglos III-V (Arias Vilas, 1992: 153; 2005: 302-307; Ayán Vila, 2005: 125-140; Fernández Mier, 1999; Gutiérrez González, 1998, 2002a, 2002b; Rodríguez Fernández, 1994; Rodríguez Resino, 2005: 163-167) o incluso hasta la Alta Edad Media (Arizaga y Ayán, 2007: 491; López Quiroga, 2004; Martín Viso, 1995, 2000). Sin embargo, creemos que habría que matizar qué se entiende por “pervivencia” y por “castro” a partir del siglo III, a tenor de todo lo que hemos ido indicando anteriormente.

4.3. *Diferentes contextos regionales*

Finalmente, hay que volver a insistir de nuevo en la variabilidad de situaciones y grados dentro de este proceso general. La arqueología muestra de forma cada vez más clara que los cambios en los castros y aldeas galaicorromanas no constituyen un fenómeno unitario sino que existen diferencias en cuanto a su ritmo e intensidad en cada contexto geográfico del Noroeste de la Península Ibérica (Delgado y Grande, 2009). Podemos pensar que en algunas zonas más aisladas del interior de Galicia este proceso de reorganización territorial a partir del s. III se retrasó mucho e incluso nunca llegó a producirse o se hizo de forma muy laxa. Esto implicaría que el proceso anterior de transformación del hábitat castreño, que también habría empezado con retraso, se prolongaría incluso en los siglos III-IV. De este modo, en estas zonas la organización territorial estaría más ligada a la antigua estructura espacial castreña y a las aldeas primitivas (Rodríguez Fernández, 1994). En otras áreas más dinámicas, en cambio, apenas quedarían trazas de esa antigua estructura espacial. Veamos algunas de estas diferencias regionales.

En un anterior trabajo hemos analizado la continuidad de ocupación de los emplazamientos castreños a lo largo de los siglos posteriores en la zona de As Mariñas Coruñesas (A Coruña) (Sánchez Pardo, 2008b: 711-712). Se trata de un área costera que podemos considerar relativamente dinámica

⁹ Información procedente del Inventario del Servicio de Arqueología de la Xunta de Galicia.

dentro del contexto geohistórico de Galicia (Naveiro López, 1994; Sánchez Pardo, 2008a; Romero Masiá y Pose Mesura, 1997). En ella se puede constatar de manera aproximada que cerca de un 32% de los emplazamientos castreños continuarán ocupados a partir del s. III mientras que un 68% son abandonados. Se trata de un grado de cambio relativamente importante que contrasta con los que proponen otros autores para otras zonas del interior de Galicia, concretamente, con varios estudios territoriales de áreas más “periféricas” de la provincia de Lugo. Aunque no es fácil establecer comparaciones debido a los distintos criterios de análisis usados en cada caso, sí parecen observarse tendencias ligeramente distintas y específicas en cada caso.

Por un lado, para el caso de la zona centro-oriental de Lugo, T. Rodríguez (Rodríguez Fernández, 1994: 175-180) distingue varios casos: en un 8,6% de los casos se produce un mantenimiento absoluto del hábitat, de manera que la aldea se construye sobre el castro, en un 34,2% se mantiene el emplazamiento pero la aldea crece “extramurallas” (estos dos primeros casos, un 42,8%, serían asimilables al concepto de continuidad de emplazamiento que hemos mencionado previamente), en un 28,6% se mantiene la situación fisiográfica pero varía el emplazamiento, de modo que la aldea se sitúa cerca del castro, y en otro 28,6% se produce un abandono definitivo de la situación fisiográfica (especialmente, con respecto a los castros de época romana, con carácter minero o militar), aunque en varios casos se construye una capilla en época altomedieval.

Otro estudio similar es el de Arizaga Castro y Ayán Vila (2007: 498-499) en la zona de Lemos, donde observan que el 62% de los castros se mantienen ocupados como emplazamiento habitacional hasta la actualidad (de los cuales, en el 26% de los casos la aldea tradicional se localiza en el propio castro y en un 35,9% de los casos la aldea tradicional se sitúa al pie del castro, en la misma situación fisiográfica).

Por otro lado, aunque no ofrece cifras, X. Ayán Vila (2005) considera para el caso de Pobra de Brollón que existe una alta pervivencia del sustrato indígena que se refleja en una marcada continuidad del tipo de hábitat, ya que, si bien se abandonan los castros en época tardía, la mayor parte de ellos acogerá en su seno o en su entorno inmediato, a los pies, a aldeas altomedievales. Y los que se abandonan, son sancionados simbólicamente con una capilla o iglesia en el propio recinto.

En el vecino caso del occidente y centro de Asturias, que formarían parte de la antigua *Gallaecia*, parece observarse una importante pervivencia de la ocupación de los castros durante gran parte del período romano, para posteriormente, a diferencia del caso gallego, producirse un abandono mayor de su emplazamiento o entorno inmediato a finales del Imperio romano (Fernández Mier, 1999; Gutiérrez González, 2002; Menéndez Bueyes, 2001).

Por tanto, quisiéramos resaltar que no se trata de un proceso uniforme y único, sino que hay diferentes ritmos e intensidades según cada zona y también según las circunstancias históricas de la presencia romana en cada una. Sin embargo, consideramos que en general todo ello responde a una tendencia común de transformación del poblamiento, sea dentro o fuera del emplazamiento castreño.

5. Conclusiones

A lo largo de las páginas precedentes hemos intentado reflexionar sobre la evolución y transformación del poblamiento castreño galaico en época romana así como proponer algunas vías para su estudio e interpretación, todo ello a través de una perspectiva amplia y diacrónica que permita superar habituales y artificiales barreras historiográficas para acercarnos a una mejor comprensión de las complejas dinámicas sociales, económicas, culturales y políticas que se esconden detrás de estas realidades materiales. Obviamente, aún hay muchos problemas que afrontar, empezando por una más amplia base arqueológica que no se ciña únicamente a los yacimientos más monumentales ni a sus estructuras más visibles, sino que se ocupe también de lo que parecen ser los asentamientos de la mayor parte de la población galaicorromana. Igualmente, no deben olvidarse ni minusvalorarse las diferencias geográficas dentro de la propia Galicia, que dificultan la síntesis y la interpretación de los datos. En todo caso, creemos que toda esta serie de ideas de trabajo aquí expuestas pueden ayudar a aclarar un poco más este difícil pero interesante panorama.

Por un lado, consideramos que debe replantearse el significado de “castro romanizado”, para analizar más ampliamente la relación del poblado fortificado con el entorno inmediato y su transformación en aldea galaicorromana. Desde esa óptica no se trata tanto del estudio del “abandono de los castros” como

del análisis de las decisiones y procesos (probablemente, más de tipo sociocultural que de imposición político-económica) que afectaron a las comunidades indígenas, con distintos ritmos e intensidades según las zonas de Galicia, para mantener o abandonar plenamente el emplazamiento de su hábitat en relación con la consolidación de nuevos contextos económicos y sociales.

Como hemos visto, a finales del s. II la práctica totalidad de los castros de la cultura castreña o II Edad del Hierro han sufrido transformaciones. Aunque perviva el emplazamiento, como vemos que sucede en muchos casos, especialmente en las áreas de interior, consideramos que ya no se trata de castros, o al menos, no de castros de la cultura castreña. Se trata de aldeas galaicorromanas, en las cuales se han introducido, en mayor o menor medida, una serie de transformaciones, entre las cuales la más importante pensamos que es el fin o la inutilización de las defensas, que constituye el carácter diferenciador del castro como tipo de hábitat. Por tanto, consideramos que no hay que hablar tanto de continuidad de los castros como de mayor o menor relación con el antiguo poblamiento prerromano y grado de mantenimiento de los patrones de ocupación y distribución en el espacio existentes en la cultura castreña.

Será más bien en otro contexto, ya en época bajoimperial, cuando de diversas maneras e intensidades según cada caso y zona, se produzca realmente un abandono de muchas de estas aldeas castreñas galaicorromanas para dar paso a una nueva organización territorial basada en un poblamiento más disperso y ligado a los principales ejes económicos y políticos del momento. Sin embargo, otras muchas aldeas castreñas perviven y continúan ocupadas, llegando con frecuencia hasta nuestros días. Toda esta variada confluencia de tendencias marca la consolidación de una estructura territorial que en gran medida sentará las bases de la Galicia rural tradicional.

Bibliografía

- AMADO REINO, X.; MARTÍNEZ LÓPEZ, M. C. y SANTOS ESTÉVEZ, M. (1998): *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 5: Corrección de Impacto del Ramal Pontevedra-Ourense*. TAPA 7. Santiago de Compostela: USC.
- ARIAS VILAS, F. (1992): *A Romanización de Galicia*. Vigo: A Nosa Terra.
- (1993): “Apuntes sobre a ocupación do territorio na Galicia baixorromana: castros e vilas”. En *Galicia: da romanidade á xermanización. Problemas históricos e culturais* (Santiago, Outubro 1992). Santiago de Compostela, pp. 201-208.
- (1996): “Poblamiento rural: la fase tardía de la cultura castreña”. En *Los Finisterres Atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*. Madrid: Electra, pp. 181-188.
- (2000): “Últimos traballos arqueolóxicos no Castro de Viladonga (Castro de Rei, Lugo): 1988-1998”, *Brigantium*, 12, pp. 187-198. A Coruña.
- ARIAS VILAS, F. y VILLA VALDÉS, A. (2005): “El poblamiento romano en el territorio de los galaicos lucenses”. En *Unidad y diversidad en el Arco Atlántico en época romana: III Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón, Gijón, 28, 29 y 30 de septiembre 2002*. Oxford: British Archaeological Reports, pp. 297-308.
- ARIZAGA CASTRO, A. y AYÁN VILA, X. M. (2007): “Etnoarqueología del paisaje castreño: la segunda vida de los castros”. En *Los pueblos de la Galicia céltica*. Madrid: Akal, pp. 445-531.
- AYÁN VILA, X. M. (2005): “Etnoarqueoloxía e microhistoria dunha paisaxe cultural: a parroquia de San Pedro de Cereixa (Pobra de Brollón, Lugo)”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, t. LII, 118, pp. 117-172. Santiago de Compostela.
- BÚA CARBALLO, J. C. (2004): “Tres cuestións relacionadas coa toponimia antiga en *-bris*, moderna en *-bre*”. En *Novi te ex nomine. Estudos filolóxicos ofrecidos ao Profesor Dr. Dieter Kremer*. A Coruña: Fundación Barrié de la Maza, pp. 381-399.
- BÚA CARBALLO, J. C. y LOIS SILVA, S. (1995): “Los topónimos gallegos en *-bre* de origen prerromano”, *Beiträge zur namenforschung. Neue Folge*. Band 29/30 (1994-1995), pp. 13-41. Heidelberg.
- CARBALLO ARCEO, L. X. (1993): “Espacio e povoamento castrexo de Galiza”. En *Concepcións espaciais e estratexias territoriais na historia de Galicia*. Santiago de Compostela: Asociación Galega de Historiadores, pp. 55-82.
- (1996): “O espacio na cultura castrexa galega”. En *A cultura castrexa galega a debate*. Tui: Instituto de Estudios Tudenses, pp. 107-138.
- CARBALLO ARCEO, L. X. y FÁBREGAS VALCARCE, R. (1991): “Datações de carbono 14 para castros del Noroeste Penínsular”, *Archivo Español de Arqueología*, 64, pp. 244-264. Madrid.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E. (1996): “El fin de la cultura de los castros”. En *A cultura castrexa galega a debate*. Tui: Instituto de Estudios Tudenses, pp. 209-222.
- CHAMOSO LAMAS, M. (1975): “Avance informativo sobre las excavaciones realizadas en Bretoña (Lugo) durante la campaña de 1970 y 1971”, *Noticario Arqueológico Hispano*. Prehistoria, 4, pp. 265-271. Madrid.

- CHAVARRÍA ARNAU, A. (2006): "Villas en Hispania durante la Antigüedad tardía". En *Villas tardeoantiguas en el Mediterráneo Occidental*. Madrid: CSIC, pp. 17-35.
- CRIADO BOADO, F. (1989): "Asentamiento megalítico y asentamiento castreño: una propuesta de síntesis", *Gallaecia*, 11, pp. 109-137. Santiago de Compostela.
- DELGADO BORRAJO, M. y GRANDE RODRÍGUEZ, M. (2009): "La Gallaecia antigua: diversidad, paisaje rural, estructura social y poblamiento", *Herakleion*, 2, pp. 61-92. Madrid.
- FARIÑA BUSTO, F. (1991): "Dos notas a propósito de Castromao (Celanova, Ourense)", *Cuadernos de Estudios Gallegos*, t. XXXIX, 104, pp. 57-71. Santiago de Compostela.
- FERNÁNDEZ MIER, M. (1999): *Génesis del territorio en la Edad Media. Arqueología del paisaje y evolución histórica en la montaña asturiana*. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- FILGUEIRA VALVERDE, J. y GARCÍA ALÉN, A. (1959): "Adiciones a la 'carta arqueológica de la provincia de Pontevedra'", *Museo de Pontevedra*, 13, pp. 19-97.
- GÓMEZ SOBRINO, J.; GONZÁLEZ SANTISO, A. y MARTÍNEZ DO TAMUXE, X. (1980): "La villa romana y necrópolis germánica de Currás-Tomiño", *Tuy. Museo y Archivo Histórico y Diocesano*, 3, pp. 321-338. Tuy.
- GONZÁLEZ GARCÍA, F. J. (2009): "Repensando el pasado: Cambio social e iconografía guerrera en la edad del hierro del noroeste de la Península Ibérica", *Revista Aquae Flaviae*, 41, pp. 123-152. Chaves.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2007): "Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a. C.-50 d. C.)", *Brigantium*, 18-19. A Coruña.
- GONZÁLEZ SOUTELO, S. (2008): "Problemática en la interpretación de los yacimientos de época romana en Galicia: ¿vici, mansiones o villae?". En *Las villae tardorromanas en el Occidente del Imperio: arquitectura y función (Gijón, 2006)*. Gijón: Trea, pp. 607-615.
- GRAU MIRA, I. (2006): "Transformaciones culturales y modelos espaciales. Aproximación SIG a los paisajes de la romanización". En *La aplicación de los SIG en la Arqueología del Paisaje*. Alicante: Universidad de Alicante, pp. 211-226.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (1998): "Sobre los orígenes de la sociedad asturleonés: aportaciones desde la arqueología del territorio", *Studia historica. Historia medieval*, 16, pp. 13-43. Salamanca.
- (2002a): "Del Castrum al Castellum. Los castros entre la Antigüedad y la Edad Media". En *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña: coloquios de arqueología en la cuenca del Navia: homenaje al Profesor Dr. José Manuel González y Fernández-Vallés*. Navia: Ayuntamiento de Navia, pp. 301-316.
- (2002b): "La fortificación pre-feudal en el norte peninsular: castros y recintos campesinos en la Alta Edad Media". En *Mil anos de fortificações na Península e no Magreb (500-1500): actas do Simposio Internacional sobre Castelos*. Lisboa: Colibri, pp. 19-28.
- HINGLEY, R. (1989): *Rural settlement in roman Britain*. London: Seaby.
- KEAY, S. (2001): "Romanization and the Hispaniae". En *Italy and the West: comparative issues in Romanization*. Oxford: Oxbow, pp. 117-144.
- LÓPEZ QUIROGA, J. (2004): *El final de la antigüedad en la Gallaecia: la transformación de las estructuras de poblamiento entre Miño y Duero (siglos V al X)*. A Coruña: Fundación Barrié de la Maza.
- MARTÍN VISO, I. (1995): "Poblamiento y sociedad en la transición al feudalismo en Castilla: castros y aldeas en la Lora burgalesa", *Studia historica. Historia medieval*, 13, pp. 3-45. Salamanca.
- (2000): *Poblamiento y estructuras sociales en el Norte de la Península Ibérica. Siglos VI-XIII*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- MENÉNDEZ BUEYES, L. R. (2001): *Reflexiones críticas sobre el origen del Reino de Asturias*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- MENÉNDEZ DE LUARCA Y NAVIA OSORIO, J. R. (2000): *La construcción del territorio. Mapa histórico del Noroeste de la Península Ibérica*. Madrid: Lunwerg.
- MILLET, M. (2001): "Roman interaction in North-Western Iberia", *Oxford Journal of Archaeology*, 20 (2), pp. 157-170. Oxford.
- MORALEJO ÁLVAREZ, J. J. (2003): "Cambre, Pambre e outros topónimos en -bre", *Revista Galega de Filoloxía*, 4, pp. 97-113. Santiago de Compostela.
- MORALEJO LASO, A. (1977): *Toponimia gallega y leonesa*. Santiago de Compostela: Pico Sacro.
- NÁRDIZ ORTIZ, C. (1992): *El territorio y los caminos en Galicia. Planos históricos de la red viaria*. A Coruña: Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.
- NAVEIRO LÓPEZ, J. L. (1994): *El Golfo Ártabro. Arqueología e historia del gran puerto de los galaicos lucenses*. A Coruña: Asociación de amigos do Museo Arqueológico.
- OREJAS SACO DEL VALLE, A. (1996): *Estructura social y territorio: el impacto romano en la cuenca noroccidental del Duero*. Madrid: CSIC.
- ORERO GRANDAL, L. (2000): "Castromao (Celanova, Ourense)", *Brigantium*, 12, pp. 179-185. A Coruña.
- (2001): "Os castros da Terra de Celanova: Castromao como paradigma". En *Arqueoloxía prehistórica na Terra de Celanova*. Celanova: Ayuntamiento de Celanova, pp. 155-168.
- (2009): "Escavación e consolidación arqueolóxica no xacemento de Castromao, Celanova (Ourense)". En *Actuacións arqueolóxicas. Ano 2007*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, pp. 51-52.

- PARCERO OUBIÑA, C. (2000a): "Tres para dos. Las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del Noroeste Ibérico", *Trabajos de Prehistoria*, v. 57, n. 1, pp. 75-95. Madrid.
- (2000b): "Síntesis de los trabajos de excavación en el yacimiento castreño de Alto do Castro (Cuntis, Pontevedra)", *Brigantium*, 12, pp. 161-174. A Coruña.
- PARCERO OUBIÑA, C.; AYÁN VILA, X. M.; FÁBREGA ÁLVAREZ, P. y TEIRA BRIÓN, A. (2007): "Arqueología, paisaje y sociedad". En *Los pueblos de la Galicia céltica*. Madrid: Akal, pp. 131-258.
- PEREIRA MENAUT, G. (1997): "Un pobo e unha natio moi particulares". En *Galicia fai dous mil anos. O feito diferencial galego. I. Historia*. Santiago de Compostela: Museo do Pobo Galego, pp. 237-249.
- PÉREZ LOSADA, F. (1991): "Os Asentamentos na Galicia romana". En *Historia de Galicia I*. A Coruña: Hércules, pp. 403-442.
- (1996): "O campo galaicorromano e os seus contactos cos núcleos urbanos: algunhas reflexións sobre a relación cidade-campo na Gallaecia". En *A guerra en Galicia; o rural e o urbano na historia de Galicia*. Santiago de Compostela: USC, pp. 249-265.
- (2002): *Entre a cidade e a aldea. Estudio arqueológico-histórico dos "aglomerados secundarios" romanos en Galicia. Brigantium*. A Coruña.
- PICÓN PLATAS, I. (2008): "Unha aproximación a través do C14 a cronoloxía castrexa", *Gallaecia*, 27, pp. 155-177. Santiago de Compostela.
- RAMIL REGO, E. (2001): "Xacementos romanos no concello de Vilalba (Lugo). A súa relación co entorno xeográfico", *Gallaecia*, 20, pp. 193-204. Santiago de Compostela.
- REVILLA, V. (2008): "Agrarian systems in Roman Spain: archaeological approaches". En *New Perspectives on the Ancient World. Modern perceptions, ancient representations*. Oxford: Archaeopress, pp. 117-129.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (1977): *Galicia meridional romana*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A.; FERRER SIERRA, S.; ÁLVAREZ ASOREY, R. (2004): *Miliarios e outras inscricións viarias romanas do Noroeste Hispánico (Conventos Bracarense, Lucense e Asturicense)*. Santiago de Compostela: Concello da Cultura Galega.
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, T. (1994): "El fin del mundo fortificado y la aparición de las 'aldeas abiertas'. La evidencia del Centro-Oriente de Lugo (Samos y Sarria)", *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 7, pp. 153-189. Madrid.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, X. (2000): *Conxunto arqueológico-natural Santomé. Guía arqueolóxica*. Ourense: Grupo Marcelo Macías.
- RODRÍGUEZ RESINO, A. (2005): *Do imperio romano á Alta Idade Media. Arqueoloxía da Tardoantigüidade en Galicia (séculos V-VIII)*. Noia: Toxosoutos.
- ROMERO MASÍA, A. y POSE MESURA, X. (1997): "O Hábitat castreño na ría de Ferrol". En *Ferrolterra Galaico-Romana: ciclo de conferencias, días 22 a 24 de xullo de 1996 na Casa da Cultura do Excmo. Concello de Ferrol*. Ferrol: Concello de Ferrol, pp. 11-20.
- SÁEZ TABOADA, B. (2003): *As comunicacións romanas na provincia da Coruña*. Santiago de Compostela: Lea.
- SÁNCHEZ PALENCIA, F. J. y FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. (1992): "Fotointerpretación aplicada a la prospección arqueológica: los castros de la Valdería y La Cabrera (León)". En *Jornadas sobre teledetección y geofísica aplicadas a la arqueología, Madrid 7-10 de mayo de 1986, Mérida 1-3 de octubre de 1987*. Madrid: Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, pp. 175-188.
- SÁNCHEZ PARDO, J. C. (2008a): *Territorio y poblamiento en Galicia entre la Antigüedad y la Plena Edad Media*. Tesis doctoral. Santiago de Compostela: USC.
- (2008b): "Continuidad y cambio del poblamiento tardorromano y altomedieval en Galicia: propuestas de estudio". En *Las villae tardorromanas en el Occidente del Imperio: arquitectura y función (Gijón, 2006)*. Gijón: Trea, pp. 707-717.
- SASTRE PRATS, I. (1998): "Arqueología del paisaje y formas de explotación social: El caso del Noroeste peninsular". En *Arqueología del Paisaje. Comunicaciones presentadas al 5.º Coloquio Internacional de Arqueología Espacial a celebrar en Teruel del 14-16 de septiembre de 1998. Arqueología Espacial*, 19-20, pp. 323-333. Teruel.
- (2001): *Las formaciones sociales rurales de la Asturias romana*. Madrid: Ediciones Clásicas.
- SOEIRO, T. (2001): "Monte Mozinho. A recuperação do Sector B", *Portugalia*, vol. XXI-XXII (2000-2001), pp. 103-136. Porto.
- VV. AA. (2006): *Guía de castros de Galicia e Noroeste de Portugal*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- VIGO GARCÍA, A. (2009): "Actuación arqueológica no castro de Zoñán, Mondoñedo (Lugo)". En *Actuacións arqueolóxicas. Ano 2007*. Santiago: Xunta de Galicia, pp. 42-43.
- VILLANUEVA ACUÑA, M. (1999): "Da comunidade prerromana á galaicorromana: as fontes clásicas e a súa contribución para o problema". En *Los orígenes de la ciudad en el Noroeste hispánico. Actas del Congreso Internacional, Lugo 15-18 de mayo 1996*. Lugo: Diputación provincial de Lugo, pp. 675-682.
- WOOLF, G. (1997): "Beyond Romans and natives", *World Archaeology*, vol. 28 (3), pp. 339-350. London.